

"La presa y la manigua"

sábado, 12 de mayo de 2007

Modificado el sábado, 12 de mayo de 2007

Música de Papagüevos

Por Santiago Gil

Nosotros nos criamos jugando en la manigua. La presa era nuestra manigua. Desde niño aquello siempre fue algo distinto al resto del pueblo, un paisaje que desafiabas desde la altura, torrentes de agua cayendo por todas partes, la tupida vegetación de laurisilva y palmerales, recovecos, primeros cigarrillos, primeros amores, escenario de sueños y de tardes enteras tratando de entender el mundo mirando hacia las aguas mansas sobre las que dibujaban caminos los patos silenciosos.

La presa eran las tardes en que mi abuela Bárbara se animaba a preparar un par de bocadillos que nos comíamos en aquel pequeño bosque que estaba entre el estanque y el dique. Salíamos de Las Barreras, que es donde estaba mi paraiso de la infancia, y que además fue el lugar en el que yo empecé a descubrir el mundo. Allí viví mis primeros meses de vida y desde que podía me iba en busca de aquellas fincas que tanto saben de mis juegos y mis sueños. Pero lo más grande era la presa, aquel camino que empezaba antes de llegar al hospital. Primero te encontrabas con un torreón que como muchos otros que había por todo el pueblo exhibía una calavera amenazante para que no lo tocaras. Acojonaba lo suyo aquel dibujo, y si querían asustarnos lo consiguieron de sobra: "Peligro, muerte", y al lado aquella exageración de rayos y de símbolos amenazantes. Recuerdo el momento de tocar esas puertas de metal como uno de los más intensos de mi infancia. Nunca me atrevía, me tenían que estar convenciendo mucho tiempo para que pusiera la mano al lado de la calavera. Pero la puse muchas veces, por no quedar como un cobarde. Si hubiera sido verdad no hubiera llegado nunca a escribir esto. De cualquier forma me quedé siempre ese miedo, y aún hoy no me atrevo a tocar ninguno de esos torreones que entonces formaban parte del paisaje rural y urbano de nuestro pueblo mostrando una estética que se ajustaba al paisaje. Mi abuela no nos dejaba tocar el jodido torreón, como tampoco nos dejaba alongarnos a la marea que estaba justo antes de llegar al bosque y a la presa. Esa marea era mucho más peligrosa que la propia presa, pero a mí me encantaba acercarme lo más abajo posible para dar de comer a los patos. De alguna manera, lo más que nos gustaba entonces de aquellas excursiones improvisadas era llevarles el pan duro a los patos, a los de la marea y a los de la presa. Uno les tenía más cariño a los primeros, quizá por la costumbre que siempre he tenido de querer lo más difícil, lo menos llamativo y lo que te transmite más ternura. Aquellos patos no tenían las distancias para nadar que se disfrutaban los de la presa. Por eso eran más reconocibles y cercanos, y te agradecían mucho más los mendrugos que les ibas llevando. Me pasé muchos años llevando pan a los patos silenciosos que tanto sabían de mis misantropías y mis sueños. La presa también se convirtió luego en el escenario de nuestras primeras gamberradas. Fue muchas veces el espacio de combate de nuestras peleas contra los de La Cuesta, y también el lugar en el que conseguí los tallos de las palmas con los que hacíamos los arcos con los que disparábamos las flechas de caña. También nos decían que no debíamos bañarnos, ni en la presa ni el estanque que lleva tantos años seco y lleno de alimañas. Pero nos bañábamos. A mí nunca me gustó mucho bañarme en la presa. Me metieron mucho miedo con aquello de que te chupaba el agua. Estaba todo el rato pendiente de que no me succionaran, y claro, así no hay quien disfrute del agua, del baño ni del paisaje. Había que bañarse por lo mismo que había que tocar las puertas de los torreones, para que no nos tomaran por cagones y para poder seguir disfrutando de cierto predicamento en la pandilla. Nos vendían peligros por todas partes y nosotros no creo que pudiésemos ser más felices que desafiando esos peligros, sobre todo cuando nos colgábamos por los precipicios tratando de abrir caminos de acceso entre los riscos o las zonas más escarpadas. La presa la comparábamos con las selvas que veíamos en las películas, sobre todo la parte que está más cerca a Ingenio Blanco, por donde discurrían canales de agua helada que dejaban crecer la hierba verde a su alrededor. Nosotros a aquello le llamábamos pretenciosamente el césped, y allí nos podíamos tirar largas horas remojándonos en los canales y tratando de encontrarle el placer a eso de acostarse largas horas en la hierba. Al final lo único que conseguí era que se te metiera un carrancio en la entrepierna o en las pocas pelambreras que tenemos entonces en nuestras canillas. En ese momento siempre aparecía el bruto de turno que estaba empeñado en que la única manera de arrancar un carrancio o una garrapata era metiéndole fuego con un fósforo o un mechero. Menos mal que no me dejé quemar por aquellos pirómanos metidos a galenos. No quiero ni pensar cómo podría haber sido luego mi vida sexual de haberme dejado meter un fósforo en los cataplines. Pero me fui salvando del fuego, de morir electrocutado y de acabar succionado por los fondos traicioneros. También escapé loco de las pedradas y de las lanzas de caña con la punta de verguilla de las guirreas. Gracias a eso pude disfrutar luego de la presa como disfrutar a un neoyorquino de Central Park o un madrileño del Retiro. Ya adolescente la presa era el lugar al que acudía en busca de respuestas. Me encantaba perderme por los campos, sobre todo por la zona que conduce a San Juan, en concreto en un pequeño bosque de laurisilva que había si te desviabas a mano derecha. O me entretenía mirando los horizontes del mar y el Teide, o la visión del casco histórico y el Pico de La Atalaya. Allí acudía a soñar mi futuro, a penar mis primeros desamores o a dejar pasar las horas en esa edad en la que todo tu cuerpo y tu cerebro parecen estar a punto de electrocutarse a

mismos en cualquier momento. La presa era la manigua que sosegaba mi espíritu convulso. Junto con las orillas de Agaete también fue el lugar en el que se me grabaron muchos de los versos que escribo hoy en día. No manejaba entonces las palabras, pero la energía vital que tenía y que se enaltecía en aquel paisaje seguro que comenzó a escribir lo que ahora parece que invento. Viene todo de aquellas tardes, de cuando se hacía de noche y bajaba por la Cuesta de Caraballo preguntándome qué iba a hacer en el mundo, y sobre todo qué diablos pensaba hacer el mundo conmigo. Hace tiempo que no vuelvo. Cuando regresaba me gustaba ir acompañado de Tomás. Él iba abriendo siempre el camino cuando mi abuela juntaba a unos cuantos nietos y nos regalaba aquellas tarde memorables en un bosque que a uno ahora le parece mentira que pudiera confundir con un bosque. La presa era el lugar donde más en contacto estábamos con la naturaleza, nuestro paraíso más edénico y salvaje. Detrás de cada estela que aún queda en el agua mansa de la tarde están los ojos de todos nosotros cuando nos alongáramos al dique en busca de aventuras o respuestas. Cierro los ojos y me veo solo, con aquel aire frío de tantas tardes de invierno golpeando mis sienes, trepando por los riscos o bajando a la orilla donde los patos y las carpas conocían nuestros nombres. O me asombro igual que entonces siguiendo el vuelo majestuoso de aquella pareja de garzas reales que cada tarde danzaba sobre las aguas antes de ocupar su nido trashumante y cálido en la parte más inaccesible de los riscos. Llegaban puntuales cada año. No sé si aún seguirán volviendo. No conozco el tiempo que vive una garza, ni cuántos años les suelen durar los amores. Igual hacen como las gaviotas, que cuando ven morir a su pareja se estrellan violentamente contra las rocas para ir en su busca. Se suicidan. Uno cuando escribe lo único que hace es evitar que los recuerdos terminen haciendo lo mismo que las gaviotas contrariadas. Lo aprendí hace muchos años en nuestra manigua. Abril de 2007.

[IR A LA WEB DE SANTIAGO GIL](#)